EL SEMBRADOR

1948 | SEMINARIO CONCILIAR-BARCELONA | Número 84

Retorno...

—¡Adiós, madre! No llore usted más.

—¡Adiós, Toñica!

La hermana se ha vuelto del coche haciendo pucheros. La madre la recoge en el halda y, con el pañuelo húmedo de las lágrimas enjugadas, dice adiós al hijo seminarista.

También a éste se le nublan los ojos mientras otea desde la ventanilla la carretera y en ella la doble silueta, cada vez más menuda y más oscura, de los seres queridos que deja.

* * *

—¡¡¡Adelante!!!

—¡Hola, Pedro! Chico, ¡qué estirón has dado! ¿Te viene la sotana?

—Sí, señor Rector; pero me la han tenido que alargar.

—Y qué, ¿vienes contento?

—¡Qué ganas tenía de que llegara este día!

—Pues bien, ya llegó; da gracias a Dios, y... bien venido! Ya hablaremos más tranquilos, ¿no?

El seminarista visita a Jesús en la capilla; abraza y pregunta sin descanso a los compañeros que llegan; sube y baja escaleras, llevando siempre en sus ojos claros la alegría profunda de un retorno deseado.

Así todos los años desde la infancia del segundo curso de latín a la madurez del último curso de Teología, el que ha de ser ministro y representante de Cristo en el mundo, va recibiendo las vivas emociones del dolor de una tierna despedida y la alegría de un encuentro suspirado: forja magnífica del corazón que ha de hacerse todo para todos, alegrándose con los que gozan y llorando con los que son víctimas del dolor.

Al contemplar

a los simpáticos y alegres seminaristas, ¿quién no pensará en las delicias del Seminario?

Racimos de sazonadas uvas que serán estrujadas en el lagar de la caridad fraterna...

Manojo de doradas espigas con las que se fabricará la hostia viva que se inmole en el calvario de cada día para acelerar el reinado del Sagrado Corazón en nuestros hogares, plazas y templos...

Manada de cándidas palomas, mensajeras de nuevas auras de paz y de bonanza a todas las almas...

Sonrosada aurora de los días esplendorosos de fe en nuestra amada Patria.

En el Cielo, ¿Tenemos Mamá?

Así decía un chiquillo cuando su mamá le explicaba la doctrina. La madre le habló entonces de la Santísima Virgen, que nos espera en el cielo..., con lo que el niño, lleno de gozo, resolvió ser siempre bueno para poder estar siempre con la Mamá del Cielo.

¡Qué sorpresas!

Era Domingo Misional. Pipo salió más decidido que ninguno, con la hucha por delante a pedir por esas calles de Madrid. Al principio la colecta se presentó floja. Perrillas y nada más que perrillas. Luego, algunos billetes de peseta. Él se fijaba muy bien en lo que le echaban. Ya cerca de La Castellana vió venir un señor muy grueso, con un puro muy grueso y unos anillos muy gruesos. Este me dará algo gordo, se dijo, y muy decidido se fué a aquél señorón.

—¡Para las Misiones, caballero!

El señorón le miró con displicencia, levantó el brazo y, de un manotazo tiró al suelo la hucha, que se hizo añicos, diciéndole:

—Misiones ¿eh? ¡Bastantes misiones tenemos aquí!

Él sintió que una oleada de sangre le afluía al rostro, quiso coger el más grande de los pedazos de la hucha y tirárselo a la cabezota. Pero, se dominó; y aún dijo un «gracias» al señor que se alejaba...

Luego empezó, al punto, a recoger el dinero. Un barrendero que había contemplando la escena, se puso a ayudarle. Pronto terminó y, bastante mohino, emprendió el regreso al Colegio. Una duda le asaltó. ¿Habría recogido todo el dinero? Y ese barrendero ¿no se habría quedado con algo? Porque él vió que, mientras recogía el dinero, una vez había llevado la mano a su propio bolsillo. ¡Um!...

Sacó su fajo de billetes. Según sus cuentas debía haber treinta pesetas en billetes de una peseta.

—Veamos: una, dos, tres.., veintinueve treinta... y treinta y cinco.

Sí, ahí había un duro de más. Un flamante billete de cinco pesetas, que...

No, no podía haber salido sino del bolsillo del barrendero. Y yo, que...

Y Pipo, mientras se mordía una uña, se quedó pensando:

—¡Qué sorpresas habrá, cuando aparezcan en público las cuentas que llevan en el Cielo los ángeles!

P. S.

TU ERES JESÚS

KWEIYANG (Kweichow).—A falta de obras espectaculares, que ni los recursos pecuniarios ni la escasez de personal permiten llevar a cabo en Kweiyang, la caridad resulta el gran medio de apostolado misionero.

El padre Boyer, habiéndose encontrado en los diversos pueblecitos de su distrito con repetidos casos de lepra, se ha hecho voluntariamente enfermero.

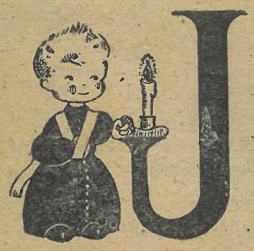
Varios de los leprosos a quienes visita regularmente reconocen que, gracias a los cuidados del padre, su estado de salud mejora y pueden volver a desarrollar alguna actividad. Esas pobres almas y las de sus conterráneos se sienten realmente conmovidas ante tales actos de caridad, que en su mentalidad pagana son inconcebibles.

Uno de los enfermos decía, hace poco, al Misionero: «Ahora comprendo quién es Jesús. Jesús no es otro que tú».

Algunas familias han pedido al Padre que desmantele los altares supersticiosos de sus casas; pero éste, que se preocupa más de la calidad que de la cantidad de los convertidos, quiere que ellos mismos sean los autores de esta operación, para mayor garantía de su perseverancia.

¡QUIÉN FUERA COMO ELLOS!

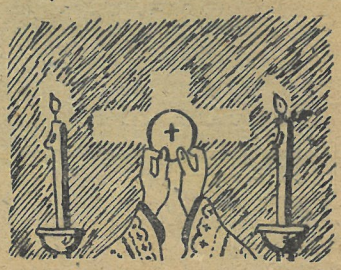
Por A. Ureña, Salesiano, para El Sembrador



JUANILLO y Paco son dos monaguillos vivos y rápidos como el pensamiento... Tienen un corazón de oro, un amor muy acendrado a Jesús y un deseo ardiente de llegar a ser algo muy grande...

Hoy el pueblo arde en fiestas... En las calles y paseos se ven arcos de triunfo, banderas en las torres, gentes endomingadas.

Es que un hijo del pueblo canta su primera Misa.



Y mientras se echan a vuelo las campanas, llamando a la Misa nueva y se pone todo el pueblo en movimiento, Juanito y Paco dialogan así en la sacristía:

J.—¿Has visto, amigo Paco,
cuánta alegría
hoy reina en nuestro pueblo?
P.—¡Es un gran día!
J.—Un nuevo sacerdote
hoy ha escalado
las gradas sacrosantas
de altar sagrado.
P.—Yo estoy loco de gozo
y... de tristeza...
¡Quién fuera sacerdote!
J.—¡Valiente pieza!
¿Tú tan chico ser cura?
P.—¡Qué bobería!
¿Acaso no fué él chico
también un día?
Y creciendo, creciendo,
como el armiño,
ha llegado a ser hombre
después de niño.
Él estudió sin duda,
el Deus, Dei, Deo,
y ha llegado a la cumbre
de su deseo.
J.—Pero cuando era niño,
bien se aplicaba,
no enredaba en la clase,
no peleaba.
Él siempre fué el primero
en sus lecciones.
Nunca jamás le dieron
de esos melones...
En la iglesia rezaba,
era modelo,
piadoso como un ángel
del alto cielo.
A la Virgen cantaba
sus melodías,
y le hacía una visita
todos los días.
Cuando su buen maestro
le reprendía
de cualquier defectillo
que en él veía,
él se enmendaba al punto;
pues son lecciones
de amor y confianza
las correcciones.
P.—Parece que has vivido
siempre a su lado.
J.—No; pero me figuro
como él ha obrado.
P.—Cualquiera sabe el modo
como obraría...
J.—Si hablara su maestro,
¿qué nos diría?
Yo opino lo contrario:
se peleaba,
enredaba en la clase,
nunca estudiaba.
Perseguía a los perros,
no obedecía,
y hacía en todas las cosas
lo que quería...
P.—¿Y piensas tú, Juanillo
que si así fuera,
lo llevara el Dios Santo
por tal carrera?
¡La dignidad más grande
que hay en la tierra!
¡La que a todas contiene
y las encierra!
¡Cuánto diera por ser
también yo cura!
¡Por tocar cada día
la Hostia Pura!

J.—Tienes razón, Paquillo:
también yo quiero
ser ministro de Cristo,
ser misionero.
Quiero estudiar latines,
Filosofía,
y unos libros muy gordos
de Teología.
Desde hoy empecemos
a ser piadosos,
muy buenos, muy sumisos,
muy estudiosos.
P.—Con el favor del cielo
y el de María,
seremos sacerdotes
los dos un día.
J.—Iremos metiditos
en la sotana.
Y diremos la Misa
cada mañana.
P.—Y rezaremos vísperas.
J.—Predicaremos.
P.—Daremos comuniones.
J.—Confesaremos.
P.—¡Pues, nada! ¡Decidido!
Venga esa mano. (Ejecutan)
J.—A Dios lo he prometido.
P.—Y yo, hermano.

(Juntan las manos ante el pecho en actitud de orar

J.—¡Oh, Dios! Esta semilla
que hoy has sembrado...
P.—¡Haz que dé flor y fruto
muy sazonado!

TENÍA RAZÓN

Después de una riña en la que uno recibió un tremendo puñetazo en la cara:

—¡Esto no puede quedar así—increpa furioso el lesionado a su contrario.

—¡Cá, hombre! — dice éste con sorna—¡Este se tiene que hinchar.

EPÍGRAMA

De la oficina cansado
llegó Diego una mañana,
y dijo a Inés que pidiera
el almuerzo a la criada.
Inés, apenas lo oyó,
le gritó desde la sala:
—Sáquele usted las costillas
al señorito, Juliana.

EN EL TRIBUNAL

El tribunal condena a un acusado a la pena de muerte.

El Presidente, dirigiéndose con severidad al reo:

—Está usted condenado a pena de muerte, así aprenderá a vivir como se debe.

Original método para confesarse.

En un apartado rincón del noroeste de la provincia de Yunan (China), hállanse dos puestos de Misión, muy alejados de la capital y de todo poblado, pero relativamente próximos el uno del otro.

A pesar de su proximidad, los dos misioneros que allí viven no pueden establecer mutuo contacto: el Río Azul pone entre ellos una formidable barrera, y no existe en aquella región ni un mal puente ni una pobre barca.

Lo más que pueden hacer es verse de una orilla a otra, pero sin hablarse, porque el rumor de las aguas les impide oirse. A los dos misioneros se les plantea con esto el serio problema de la confesión mútua. He aquí lo que han ideado para confesarse:

Los montañeses del país utilizan, a modo de fusil, unos trabucos primitivos, con unas largas balas de plomo. Antes de salir a confesarse, los dos misioneros escriben cuidadosamente sus pecados en unas tiras de papel, que meten arrolladas en la bala de plomo. Toman luego sendos trabucos, se dirigen hacia el Río Azul y se sitúan en un lugar ya convenido.

Una vez que se han visto los dos, el del Norte carga su trabuco, apunta bien y dispara el cartucho con los pecados. Después se pone de rodillas para renovar su contrición, mientras el de la otra margen recoge la bala, lee la confesión y le absuelve por encima del Río Azul. Inmediatamente carga él su arma, la dispara y aguarda arrodillado a que el del Norte levante su mano y pronuncie la fórmula de absolución.

Y ambos, después de darse un último saludo con todo el afecto de hermanos sacerdotes, se vuelven a casa, hasta dentro de unas semanas, en que repetirán la maniobra.

Anciano y ciclista... a mi Parroquia

Un sacerdote, retirado de la parroquia por sus 89 años de edad, ha solicitado de nuevo parroquia, viendo la escasez del clero. La parroquia dista algún kilómetro de su casa y marcha en bicicleta.

No le suponemos ágil de piernas. Pero más ágil de corazón para buscar la oveja perdida. Nosotros siempre nos hemos imaginado al buen pastor buscando con el cayado en la mano a la oveja errante y desmandada. Mas los tiempos cambian y el cayado se convierte en ruedas.

También siempre hemos tenido sacerdotes abundantes y los cuadros parroquiales cubiertos. Hasta había clérigos que se ordenaban de sacerdotes para vivir retirados en sus casas a costa de su patrimonio. La realidad es que los tiempos han cambiado y apenas se pueden cubrir las necesidades pastorales más urgentes.

He aquí, como todo un símbolo del día de hoy, al sacerdote regentando una parroquia y pedaleando con el garbo de un joven. ¡Si en sus últimos días pudiera apoyarse en el báculo joven de un coadjutor! ¡Si pudiera regir una parroquia teniendo por brazos a unos sacerdotes jóvenes!

¡Señor, que descansen en paz tus siervos ancianos y que otros jóvenes les sirvan la mesa y pastoreen tus rebaños!...